

sus ramas hasta las extremidades de la tierra, se manifiesta á los ojos de todo el universo, vive siempre del espíritu de Dios, produce por todas partes y en todos los tiempos, frutos de vida, y del qual la existencia, la propagacion y las obras son un milagro permanente de la proteccion divina; es en esta Iglesia, que Jesu-Christo ha depositado los tesoros inagotables, para hacernos practicar la ley santa que ha venido á traer al mundo.

ARTICULO II.

De los socorros que Jesu-Christo ha preparado en su Iglesia para hacernos practicar sus mandamientos.

Semejante á un niño que desde el momento que nace recibe de las manos de la madre que le ha dado el dia, todos los socorros necesarios á la conservacion de su existencia, así el fiel, desde el instante de su regeneracion, encuentra en el seno de la Iglesia todos los medios

de que tiene necesidad para conservar la nueva vida que ha recibido.

La primera necesidad del hombre en el órden moral, es la de conocer la regla de las costumbres, que debe servirle de guia; y se ha manifestado, que Jesu-Christo habia suplido la insuficiencia de las leyes civiles y de la educacion paternal, por la mision que habia dado á sus Apostoles, para enseñar á todas las naciones. Se ha visto tambien, como por la constitucion de su Iglesia, por la asistencia que le habia prometido, por el órden que habia establecido, ningun pueblo, edad, ni condicion quedaba excluido del conocimiento del Evangelio. Sus Ministros, en virtud de la mision divina que han recibido, se esparcen por todas las clases de la sociedad, por todos los paises del mundo conocido, por las cabañas de los pobres, lo mismo que por los palacios de los Reyes; siguen el hombre por todas partes, hablan á todos el mismo language; y el language del Evangelio es siempre el de la simplicidad y de la sabiduría. Dexando á parte los procedimientos de con-

vencion y las prácticas menudenciales de los usos admitidos, van en drechura al corazon, para colocar en él la religion Christiana. Gravan en él las verdades esenciales, que contienen todas las virtudes; presentan motivos capaces de inspirar el valor mas grande; instruyen, amonestan, corrigen, ya por la enseñanza pública, ya por instrucciones particulares; previenen principalmente los pueblos contra los escándalos mas comunes y mas peligrosos; se desvelan mutuamente, para impedir que las innovaciones no corrompan la sana doctrina; y por la conexión que une los simples fieles con los Ministros del Evangelio, los Ministros inferiores con los primeros Pastores, y todo el Cuerpo con su Cabeza; la doctrina del último Ministro que enseña en las extremidades del mundo, se halla apoyada en la autoridad de la Iglesia universal, que enseña en el mundo entero.

En el proceder de una educación puramente humana, casi todos los cuidados se reducen á formar el hombre exterior. Sed justo, sed humano, sed discreto, dul-

ce, complaciente, modesto en la prosperidad, valeroso en las desgracias, intrépido en los peligros. Tal es la moral del hombre. Se le encarece la decencia en las costumbres, la moderacion en los placeres, la fidelidad en los empleos. Pero hasta aqui no tenemos mas que la apariencia del hombre, y un tal hombre de bien será un verdadero hipócrita, si no tiene la rectitud del corazon. Se le propone por motivo la esperanza de la fortuna, el deseo de la estimacion, y de la confianza pública, &c.: Pero ¿la sana moral podría estar apoyada en semejantes motivos? Se le habla de honor, y se hace consistir el honor en la estimacion de los hombres: Pero siendo los hombres frecuentemente injustos ¿puede su opinion ser la regla de las costumbres? Se le dice que el hombre de bien es suficientemente recompensado de los sacrificios que hace á su debér, por el testimonio que le dá su propia conciencia: Pero ¿este testimonio le dará jamás bastante fuerza para luchar contra la violencia de las inclinaciones, y el temor del infortunio? Por último, mién-

tras que se recomienda el amor del deber, se inspira la ambicion, la concupiscencia, y el amor de los honores y de la gloria, que inspiran muy á menudo las injusticias. Miétras que se habla de virtud, se permite, se justifica, se exalta todo lo que fomenta el amor de los placeres, y se enciende en el corazon del hombre el fuego de todos los vicios.

La religion pone la virtud en el corazon, y encierra su moral en estas pocas palabras: *Amad á Dios sobre todas las cosas: Amad al próximo como á vosotros mismos, por respecto á Dios, y nunca esperéis sino de Dios solo, vuestra recompensa.*

Logran los Ministros de la religion imprimir en vuestros corazones estos cortos principios, la educacion está concluída. El Christiano instruído en la escuela de Jesu-Christo, sin conocer las costumbres de política, que solo reforman el hombre en lo exterior, será siempre y en todas las condiciones, todo lo que debe ser, buen padre, buen hijo, buen esposo, buen amo, buen servidor,

buen Principe, buen Magistrado, buen ciudadano; y lo será con la hermosa sencillez, que distingue la virtud, de todo lo que no lo es, porque lo verdadero tiene una fisonomía que solo es propia de ello mismo.

Quando me acerco á esos respetables retiros, en que los piadosos Cenobítas pasan sus dias tranquilos en la oracion y el silencio, sucesivamente ocupados en trabajos pacíficos y en verdades celestiales, pareceme al entrar, que veo la tristeza y la rusticidad que habitan en la sombra de las florestas, y entre las austeridades de la penitencia, con la virtud solitaria. Pero; qual es mi sorpresa, quando el humilde Solitario se presenta á mi vista, llevando en su semblante la serenidad, con los atractivos hechizos de la virtud! Entre estos mismos á quienes su nacimiento ordinario parecia no prometer mas que una educacion muy comun, veo una política religiosa que se manifiesta por los cuidados, las prevenciones, la dulzura de la caridad, por la humildad y la reserva de la modestia; por esta agradable simplicidad

de costumbres, que gusta tanto mas que las políticas de representacion y de adorno, porque es una sencilla expresion de un alma sinceramente virtuosa. Para inculcar en nuestro espiritu las maximas de la moral, la ley natural nos convidaba á meditarlas. La religion de Jesu-Christo nos forma un mandamiento expreso; y todos los dias nos recuerda la memoria de su ley santa. Todos los dias en la enseñanza, y en las rogativas públicas, nos habla de Jesu-Christo, de su cruz, de sus gracias, de su misericordia, de su santidad, de su justicia, de los misterios de su redención, de las virtudes y de la gloria de sus Santos, de las recompensas que nos ha prometido. Todos los dias nos circuye, por decirlo así, de su santidad; se explica por todos los sentidos para preservarnos, confortarnos, y consolarnos. La pública administracion de los sacramentos, la pompa y la magestad del culto público, sus ceremonias de luto, la solemnidad de sus fiestas, el sonido de las campanas que las anuncian, los canticos sagrados que las celebran, parecen

coger de todos lados al hombre que huye, que se resiste á su propia conciencia, para advertirle, á pesar suyo, que hay un Dios, un Jesu-Christo, una muerte, un juicio, una eternidad, y para convidarle al arrepentimiento, indicandole el manantial de las gracias, y los medios de la salud.

La ley natural nos advertía, que apoyásemos nuestra flaqueza en la sociedad de las gentes virtuosas. La religion de Jesu-Christo forma esta respetable sociedad; reúne sus hijos en el lugar santo; y en esta augusta asamblea, el pobre y el rico, el grande y el vulgar, confundidos en la presencia del soberano Señor del universo, que vé á sus pies todas las criaturas como la nada, se edifican mutuamente por el culto que rinden á su suprema Magestad, y por la participacion de los mismos sacramentos. Se alimentan de comun con el pan de la divina palabra, se exercitan recíprocamente por canticos solemnes, por homenajes de adoracion y de acciones de gracias, á bendecir al Dios Santisimo, y á glorificarle por una vida pura y sin mancha. *Tom. II.* 13

El vínculo de esta santa sociedad, es el mismo Jesu-Christo, que se presenta en medio de ella sobre los altares, á fin de rogar por sus hijos; es Jesu-Christo, que en la oblacion que hace de sí mismo á su Padre, como Pontifice eterno, reúne todos los fieles que están en la tierra, todos los que gozan de su gloria en el cielo, todos los que acaban de purificarse en el purgatorio. En virtud de esta asociacion espiritual de todos los miembros de este cuerpo místico, con Jesu-Christo, que es la que llamamos comunión de los santos, aquellos que estan aun en estado de combate, ó de afliccion, son socorridos por los méritos y las plegarias de todos los demás miembros. Así la Iglesia no tiene castigo mas temible, que el que intercepta esta influencia universal, separando de su cuerpo místico los pecadores obstinados, con el cuchillo espiritual de la excomunion.

El sentimiento íntimo de nuestra insuficiencia llamaba sin cesar el cielo á nuestro socorro; pero nuestras infidelidades nos hacian temer que el cielo se denegase á nuestros votos. Jesu-Christo,

que ha expiado los pecados del mundo, y nos ha alcanzado misericordia, nos lo asegura haciendose él mismo nuestro mediador, y por decirlo así, nuestro garante para con su padre celestial. Nos manda esperar, nos ordena pedir; nos asegura, que todo lo que pediremos en su nombre á su Padre, nos será otorgado (1); y aunque en virtud de su union hipostática con el Verbo, su santa humanidad hubiera sido constantemente asistida de la Divinidad, se ha preparado para las funciones del apostolado, por una oracion de quarenta dias (2). Ha interrumpido los trabajos de su mision, para ir á orar en el desierto (3); se ha dispuesto por la oracion, al sacrificio que iba á consumir sobre la cruz (4); le ha consumado orando (5); nos ha enseñado, por fin, él mismo á orar (6); y la corta fórmula que nos ha dictado, encierra en cada uno de sus artículos,

(1) Juan 15. v. 16. = (2) Math. 4. v. 2. = (3) Marc. 1. v. 13. (4) Juan 17. v. 9. y sig. = (5) Luc. 23. v. 46. = (6) Math. 6. v. 9. y sig.

juntamente, una peticion, una maxíma, y una resolucion.

Dirigiendonos á Dios, empezamos por darle el nombre de *Padre*, y este título nos hace memoria del amor que tiene para con nosotros, del que debemos tener para con él, y de la confianza con la qual hemos de rogarle.

Este Padre *está en el cielo*, como en su propio reyno: De consiguiente, el reyno del padre debe ser tambien el reyno de sus hijos. ¿Qué será pues el universo entero; que, todos los imperios de la tierra, para aquel que se vé destinado á reynar en el cielo?

El primer deseo de un hijo de Dios, es que *el nombre* de su Padre celestial sea glorificado, y que su reyno venga, es decir, que su reyno sea consumado por la plenitud de los elegidos reunidos á Jesu-Christo en el cielo. Mas, pedir la venida de este reyno es desear ver que perece la figura del mundo que pasa, para ver que llega el reyno de Jesu-Christo, que no tendrá fin.

No pudiendo las criaturas glorificar á Dios sino por la obediencia, deseamos

que todos los hombres *hagan su voluntad en la tierra*, como la cumplen los Santos *en el cielo*; y formamos la resolucion de satisfacer á sus divinos mandamientos.

Despues de haber pedido el reyno del cielo, esto es, la mayor gloria posible en el orden espiritual, no pedimos otros bienes de la tierra, que *el pan de cada dia*. El rico reconoce aqui, como el pobre, que el pan quotidiano es un beneficio del Padre celestial. El pobre atestigua, que el pan que recibe del rico, es el pan que recibe de la mano de Dios; y siendo su industria un dón de la Providencia, queda por ahí mismo advertido, de que debe hacer fructificar el talento que Dios le ha dado, á fin de procurarse el pan que ha pedido.

Implorando la misericordia del Padre celestial, nos reconocemos culpables; pidiendo que *nos perdone*, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores, contraémos una obligacion mas expresa de ejercer la misericordia, y protestamos conceder á los otros el perdon que hemos implorado para nosotros.

Atemorizados por nuestra propia flaqueza, suplicamos, que *no nos dexee caer en la tentacion*; y esta plegaria presupone la sincera resolucion en que debemos estar de evitarlo. Pedimos *ser librados de mal*; con lo que manifestamos la obligacion que nos cabe, y el animo en que debemos estar, de ser advertidos contra las sugestiones del espiritu maligno, y de resistir á sus ataques.

Además de los socorros que Jesu-Christo ha prometido á la oracion, ha puesto tambien un rico tesoro de gracias en las manos de su Iglesia, y le ha comunicado una parte de su poder, para cooperar á los designios de su amor, y suplir, por decirlo así, los desvelos de su ternura paternal, durante el corto espacio de su ausencia. Apenas parecemos en el mundo, quando la Iglesia nos recibe entre sus brazos, para darnos una segunda vida, consagrandonos á su divino Esposo en las aguas saludables del bautismo. Desde entonces, constituidos hijos suyos, toma sobre sí todos los cuidados de la sollicitud maternal, y nunca mas nos abandona.

A medida que el espiritu se abre á las primeras vislumbres de la razon, ella le ilustra con las luces de la fé. Pero, proporcionando siempre las instrucciones á la capacidad de la edad, nos alimenta al principio con la leche de la infancia: Quando la razon nos ha hecho capaces de un alimento mas sólido, despliega á nuestros ojos las santas máximas de su moral; y despues de habernos hecho ratificar personalmente las promesas que habia otorgado por nosotros en el bautismo, nos confiere un nuevo sacramento, para darnos el valor de confesar á Jesu-Christo delante de los hombres, y de vivir conforme á la fidelidad que le hemos jurado.

Mas, ay! nosotros debiamos olvidar luego nuestras promesas y sus beneficios; y Jesu-Christo, en vez de cerrar los tesoros de sus misericordias, confia á sus Pontifices las llaves del cielo para perdonarnos, declarandoles, que *todo lo que ellos ligarán sobre la tierra, ligado será en los cielos, y todo lo que desatarán sobre la tierra, será tambien desatado*.

dad en los cielos (1). Siendo la promesa indefinida, no hay pecado alguno que sea irremisible: La inmensidad de su misericordia debia igualar la inmensidad de sus merecimientos. Pero la discrecion que ha de arreglar la potestad de sus Ministros, no permitiendoles absolver el culpado, sin conocer sus faltas, y las disposiciones de su corazon, le impone la obligacion de descubrirles el interior de su conciencia, á fin que la misericordia se exerza segun justicia.

Esta declaracion, precedida de un sério arrepentimiento, dispone el pecador para obtener el perdon, por el pesar y la confusion de las infidelidades que ha cometido. El Pastor que se hace el confidente de su conciencia, concibe naturalmente para con él la caridad y las sollicitudes de un padre. El pecador que le pide misericordia, y viene á aliviarse en su seno del peso que le ágovia, toma de su parte el corazon de hijo para con el Pastor: Haciendole una humilde confesion de sus faltas, deponen en sus

(1) *Math. 16, v. 19.*

pies con una llena seguridad, sus congojas y sus inquietudes; aclara sus dudas; pide, recibe consejos en los casos arduos y apurados, en que no atreviendose á confiarlos á otra persona, quedaría abandonado á sus propios sentimientos. El Pastor instruído por una larga experiencia, asistido de la gracia del sacerdocio, versado en la ciencia de la ley, y en el conocimiento del corazon humano, sin otro interés, que el de la religion, que es al mismo tiempo el interés del culpado, le ilustra acerca las obligaciones de su estado, le prescribe las reglas de su conducta, hace cesar las enemistades, providencia las restituciones, procura la paz de las familias, se presta el mismo, si es menester, á un ministerio de caridad, á fin de allanar los obstáculos: Calma los escrúpulos, desengaña las falsas conciencias, conforta, aconseja, ruega, exôrta, manda, hablando á todos en el nombre del soberano Señor que le envia. Dice á los Grandes, verdades que les importa saber, y que nadie se atreve á decirselas: Se sirve del ascendiente que le dan la

confianza del penitente y la autoridad del ministerio, para abrir el corazón á las impresiones de la gracia: Impone la práctica de obras saludables, que sirven de expiación, igualmente que de preservativo. Si suspende el perdón para asegurar la conversión del pecador, jamás le niega á la enormidad de sus faltas; y quando el pecador, reconciliado con Dios, se levanta de los pies del Ministro con estas palabras de Jesu-Christo, *id en paz*, ay! ¡quán satisfecho se encuentra, por la alegría que siente, de la saludable confusión que le habia humillado! ¡quán bien experimenta entonces, que el yugo del Señor es dulce, y la paz de Jesu-Christo diferente de la turbulenta alegría del mundo, que nunca dá á los que le siguen, la paz que les promete!

La Iglesia llama todos sus hijos á este tribunal de misericordia, desde que se han hecho culpables; y quando la efervescencia de las pasiones, y la seducción del mundo van á entregarlos á los mas fuertes asaltos, redobla sus instrucciones á fin de precaverlos contra los pe-

ligros; les obliga á repasar en la amargura de su corazón, los primeros descarríos de su vida; reitera el perdón; los hace participes del pan de los fuertes; y este pan es el mismo Jesu-Christo, que se pone entre las manos del Sacerdote, para incorporarse con ellos; que cubre su magestad para no oprimirlos con su gloria; que se dá á ellos bajo las apariencias de un alimento ordinario, á fin de enseñarles que quiere ser el alimento de cada dia.

Entre tanto la Iglesia continúa á instruir y exórtar: Por todas partes, en todos los tiempos, en las aflicciones, en las desgracias, en los peligros, en los combates, corre á su socorro, los acompaña para dirigirlos, confortarlos, y sostenerlos; les alarga la mano para levantarlos si caen; persevera en advertirlos quando se resisten; insta, convida, reprehende, importuna, sin que la obstinación canse jamás su paciencia, ni sus infidelidades le hagan desesperar de su salud (1).

(1) Que prediques la palabra, que instes

Llegados por fin al último término de su carrera, á este momento lúgubre en que todo padece en lo interior, en que todo se escapa en lo exterior, en que el mundo huye, nada tienen que los consuele; en este momento que toca en las puertas de la eternidad, viene la religion con la cruz de Jesu-Christo á reanimar su confianza, por la vista de un Dios que se ha inmolado para rescatarlos; implora á su favor las misericordias; les muestra al través de las grandezas humanas que se eclipsan, el reyno de Jesu-Christo que se acerca, y las promesas que ha hecho á la virtud que padece; les administra el último sacramento, y les enseña á sufrir y á morir. Aun despues que han dexado de vivir, su caridad es tambien viva para con ellos: Redobra sus rogativas sobre los tristes despojos de la mortalidad, y los deposita en un lugar santo, para aguardar el día de una nueva regeneracion. El mun-

do, y fuera de tiempo: reprehende, ruega, amonesta con toda paciencia y doctrina. 2. Tim. 4. 2. 2.

do, ay! el mismo mundo que habia incensado sus vanos ídolos, olvidará luego, que hayan existido: Pero la Iglesia, siempre solicita para con sus hijos, no cesará jamás de implorar por ellos la misericordia.

Los Ministros de la religion, encargados de velar sobre la grey de Jesu-Christo, tenían necesidad de una asistencia particular para llenar dignamente sus funciones; y Jesu-Christo instituye un sacramento, que les confiere, con la uncion del sacerdocio, la gracia de ejercerle santamente. Los casados tenían necesidad de gracias especiales para conservar las buenas costumbres en el seno de las familias, para propagar las virtudes por la educacion, para hacer reynar en ellas la concordia y la paz; y Jesu-Christo eleva el matrimonio á la dignidad de sacramento, con el fin de darles gracias relativas á los deberes de su estado.

Los Pontifices, habiendo recibido con el poder de las llaves, la autoridad del gobierno, se sirven tambien felizmente de su potestad, para proveer á las ne-

cesidades de sus hijos, y despertar su piedad; y determinan por reglamentos particulares, la práctica de las obras santas, que el Evangelio había tan solamente prescrito por leyes generales.

Jesu-Christo había ordenado la mortificación de los sentidos; y la Iglesia establece un precepto de ayuno en días determinados, para prepararnos á la solemnidad de sus fiestas, y para alcanzar de Dios, Ministros que sean segun su espíritu. Jesu-Christo había recomendado la oracion; y la Iglesia señala ciertos días para dedicarse especialmente á este santo ejercicio; congrega sus hijos en un lugar de oracion, para oír la palabra de Dios, cantarle alabanzas, asistir á la celebracion de los santos misterios, y hacer cesar todos los trabajos serviles, á fin de entregarse con menos distraccion á las obras de la religion. Jesu-Christo había dado á sus Pontífices la potestad de perdonar los pecados; se había él mismo hecho víctima en nuestros altares para sustentarnos de su precioso cuerpo; había declarado, *que si no comieramos su carne, y*

bebieramos su sangre, no tendríamos vida en nosotros (1); y la Iglesia para vencer la indolencia de sus hijos, les pone un mandamiento expreso de reconciliarse con Dios en el tribunal de la penitencia, á lo menos una vez en el año, y de participar del cuerpo y sangre de Jesu-Christo en los días de gracias consagrados á celebrar los santos misterios de su muerte y resurreccion; realza la magestad del culto público, por la pompa de las ceremonias augustas, que imprimen la santidad de la religion en el corazon del hombre sensible. Jesu-Christo había aconsejado la práctica de la perfeccion evangelica; y la Iglesia, para animarnos á executar sus consejos, instituye Ordenes religiosas, que se hacen otros tantos asilos destinados á preservar la inocencia, de los escándalos del siglo, á probar las vocaciones, y formar las mas altas virtudes; establece reglas para conservar en aquellas el fervor, y mantener la pureza de la disciplina; liga los miembros por vo-

(1) Juan 6. v. 54.

tos solemnes, que oponen una barrera á la inconstancia del corazon humano; y la variedad de sus institutos ofrece á cada uno los medios de seguir su inclinacion particular, por los diferentes ejercicios que le son inspirados. De esta suerte se forman en el seno de la Iglesia, los miembros místicos del cuerpo de Jesu-Christo para llegar á la plenitud del *hombre perfecto*.

Tal es pues la naturaleza de la religion de Jesu-Christo, que conduce á la mas grande felicidad, por las mas altas virtudes; que produce las mas altas virtudes, por los mas poderosos medios; y que pone estos poderosos medios al alcance de todas las condiciones, manifestandose ella misma á los ojos del universo, explicandose de un modo el mas inteligible, el menos equívoco, por medio de una autoridad viva, marcada con el sello de la Divinidad, y no exigiendo, para hacernos llegar á las mas altas virtudes, y á la mas grande felicidad, sino lo que está en el poder de todos, la pureza de corazon, y la sencillez de la obediencia.

Pero para sentir bien todos estos beneficios, sería preciso haber sentido las privaciones; deberíamos suponernos aislados en el mundo, reducidos á nuestra sola razon, y pedirnos á nosotros mismos: ¿Quién soy yo? ¿Qual es este sér que piensa dentro de mí? ¿Quién me ha dado la existencia? ¿Por qué fin me ha creado? ¿Qual es la ley que me impone? ¿Qual este por venir á que voy á parar? Los sábios de la antigüedad se han desviado en estas importantes cuestiones, que deciden de la felicidad y de los debéres del hombre, quando han querido profundizarlas: ¿Sería nuestra razon mas perspicáz? Yo me transporto en espíritu á esas tristes regiones que están circuídas de las sombras de la muerte; y veo allí los Christianos dispersos en las aldeas, y en los desiertos, freqüentemente perseguidos, correr de todos lados, y muchos de largas distancias, con peligro de sus vidas, ellos, mugeres, é hijos, ante el Ministro evangelico que viene á sustentarlós con el pan de la divina palabra; los veo reunirse junto á él, sin abrigo, como ove-

jas errantes, alimentarse y albergarse de la manera que pueden, escuchar con una santa codicia las palabras de caridad que les dirige, depositar sus penas en su corazon, pedir solicitamente la gracia de la reconciliacion, consolarse mutuamente por canticos santos, regar con lágrimas de alegría y de dolor el altar sagrado que Jesu-Christo riega con su sangre, sufrir constantemente las necesidades de la indigencia, la intemperie de las estaciones, olvidarse de sí mismos, para ocuparse de su actual felicidad, instar eficazmente al Pastor para que prolongue su feliz mansion. Pero una jornada tan consolante solo puede ser de corta duracion; otras ovejas llaman al Pastor en distinta parte; y luego á las lágrimas de alegría sucederán los llantos y los sollozos, con los tiernos despidos. Es un padre que vá á dexar sus hijos (1), y á quien estos ven

(1) Son muchas las provincias en que los Misioneros no pueden hacer sino cortas detenciones; haciendo suplir la instruccion, del modo que pueden, por catequistas, maes-

ay! quizás por la última vez. Ah! ; quan de diferente manera que nosotros, sienten esos dichosos Christianos, el precio de las gracias de que se hallan hambrientos, y de las quales la superabundancia ha producido desgraciadamente en nosotros la saciedad, y el disgusto!

tros, y maestras, que por ser ordinariamente pobres, es preciso atender á su sustento, y á veces al de los que ellos alimentan con su trabajo, y los medios faltan. Es preciso asistir tambien á los Christianos encarcelados. Sería de desear, que pudiesen establecerse allí muchos Seminarios á fin de elevar á ellos los naturales del pais, en quienes se ven felices disposiciones para el sacerdocio; pero como todavia son harto escasos los recursos, y se hallan muchas tierras incultas por falta de medios, es indispensable dexar porciones remotas de Christiandad, que piden el pasto, y no se les puede dar. Los Misioneros que se envian de Seminarios fuera de Paris, son en tan corto número, con respecto á la extension de su distrito, que apenas pueden visitarlas una vez el año, y ciertos cantones de dos en dos años.